

VLADÍMIR MAYAKOVSKI

# Vladímir Ilich Lenin



Traductor  
A. HERRAIZ





# Vladímir Ilich Lenin

Fundación Editorial



elperroylarana

© 1.ª Edición por la Fundación Editorial El perro y la rana, 2017 (digital)

1.ª Edición en ruso, 1925, Gozisdat de Leningrado

1.ª Edición en español, 1973, Editorial Progreso, Moscú

© Vladímir Mayakovski

Traducción: A. Herraiz

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,

Caracas - Venezuela 1010.

Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

### **Correos electrónicos**

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

### **Páginas web**

[www.elperroylarana.gob.ve](http://www.elperroylarana.gob.ve)

[www.mincultura.gob.ve](http://www.mincultura.gob.ve)

### **Redes sociales**

Twitter: @perroyranalibro

Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

### **Diseño de colección**

David Dávila

Mónica Piscitelli

### **Imagen de portada**

La hoz y el martillo es un símbolo que representa la unión de los trabajadores, generalmente representa al comunismo y sus partidos.

### **Edición**

Juan Carlos Torres

### **Transcripción**

María Cervantes

### **Corrección**

Ninoska Adames

### **Diagramación**

Joyce Ortiz Montoya

Hecho el Depósito de Ley

Depósito legal: DC2017002430

ISBN: 978-980-14-3971-4

*Poesía del Mundo*, de todas las naciones, de todas las lenguas, de todas las épocas, he aquí un proyecto editorial cuya finalidad es ofrecer las muestras máspreciadas de la palabra poética. Esta colección aspira a crear un espectro de publicaciones que despliegue una visión global de la poesía, de modo que nuestros lectores, poetas, escritores y estudiosos puedan disfrutar la diversidad estética, a la vez que formarse una perspectiva respecto al desarrollo, hallazgos, descubrimientos y revelaciones que han significado aportes invaluable para el devenir de las culturas. Palabra destilada, la poesía nos mejora, nos humaniza y, por eso mismo, nos hermana, permitiendo que nos reconozcamos en el milagro que es la vida. Por la solidaridad entre los hombres y mujeres de nuestro planeta.



VLADÍMIR MAYAKOVSKI

# Vladímir Ilich Lenin

Traductor

A. Herraiz







## NOTA EDITORIAL

En el marco de los cien años de la Gran Revolución Socialista de Octubre que llevó al poder al Gran Partido Bolchevique en Rusia, la Fundación Editorial El perro y la rana ha hecho posible la edición de este poema épico, escrito entre 1923-1924 por el gran poeta, innovador y fundador del movimiento futurista Vladímir Mayakovski. Esta edición es tomada íntegra de la versión publicada en 1973 por la Editorial Progreso de Moscú, y traducida del ruso al español por A. Herraiz. La naturaleza de este largo poema hace necesario el uso del aparato crítico que se presenta a pie de página, compuesto por notas explicativas; unas pocas han sido actualizadas para fines editoriales.



## HERALDO DE LA ÉPOCA

*Alumbra siempre,  
alumbrar por doquier,  
hasta el fondo del último día,  
alumbrar,  
¡sin ninguna discusión!  
Esa es mi consigna  
¡y la del sol!*

MAYAKOVSKI

Nació en Bagdadi, pueblecito georgiano perdido en las montañas. Su padre, que era inspector forestal, murió prematuramente. Las privaciones y dificultades que se abatieron sobre la familia Mayakovski, al morir el padre, acompañaron desde la infancia al futuro poeta. La pobreza le impidió terminar el curso en el liceo de Kutaís y le arrojó a Moscú, en unión de su familia. Allí, siendo ya alumno de la Escuela de Pintura y Escultura, el joven Mayakovski toma contacto con los revolucionarios en la clandestinidad, ingresa en una organización del Partido Bolchevique, está dos veces en la cárcel, es juzgado y únicamente la circunstancia de ser menor de edad le salva de largos años de prisión zarista.

Después de la cárcel y de la vista de la causa, pierde el enlace con la clandestinidad, pero el breve período de activa participación en la lucha revolucionaria ha dejado en él duradera huella. Todo lo que le destaca y eleva sobre sus coetáneos y compañeros en sus primeros años de vida literaria, cuando predetermina el futuro destino

del gran poeta revolucionario arranca de los acontecimientos y peripecias que viviera en los días de su trabajo bolchevique ilegal.

Mayakovski llega a la poesía rusa en años duros para esta. Después del magnífico período de florecimiento del siglo xix, al que alumbra como un sol resplandeciente el genio de Pushkin, la poesía rusa de comienzos del siglo xx, sobre todo a partir de la derrota de la primera revolución rusa de 1905, atraviesa un sombrío período de decadencia. Esto lo percibían con dolor y agudeza los simbolistas de más talento y mayor intuición histórica, como Alexandr Blok y Valeri Briúsov. Pero otros representantes de ese grupo, desde Merezhkovski hasta Sologub, desviaron a la poesía del ancho camino del civismo para llevarla a los tortuosos senderos de las búsquedas místicas, de las reflexiones individualistas, del apartamiento de “la prosa de la vida” y recluirla en la torre de marfil. De aquella asfixiante mazmorra no podía liberarla otro grupo de poetas, que se denominaban “cumbristas” y declaraban la “materialidad” del verso, porque ellos eran portavoces de las mismas fuerzas sociales que sus predecesores los simbolistas.

Y los tiempos exigían cambios. Había terminado la quietud mortal en que estuviera sumida Rusia desde 1905. Se alzaba una nueva y alta ola de acciones revolucionarias de la clase obrera. El aire estaba ya cargado del presentimiento de la tragedia que se avecinaba: la Primera Guerra Mundial. Allá, en los recónditos fondos de la vida del pueblo iba germinando lo que irrumpiría, el año 1917, en la historia universal como una gigantesca explosión revolucionaria. Y entre los poetas que eran considerados a la sazón próceres del pensamiento, únicamente Alexandr Blok barruntaba en sus versos los grandiosos cambios que se aproximaban.

Adviene Mayakovski a la poesía en unión de un muy alborotador y fogoso grupo de poetas que se daban el nombre de “futuristas”. Aquellos jóvenes que se ahogaban en el marasmo estético y espiritual imperante en la poesía de entonces, declararon la guerra no solamente a sus contemporáneos de más edad, sino a la cultura del pasado. Desafiando a los sacerdotes de la poesía “elevada” y a sus admiradores con sus “chaquetillas amarillas”, caras pintarrajeadas, escandalosas veladas y disputas literarias, los futuristas se proclamaron únicos revolucionarios en el arte.

Y en aquel grupo de revoltosos anarquizantes, Mayakovski no se quedaba atrás. Participaba en la redacción de manifiestos futuristas, los firmaba en unión de otros colegas, vestía la “chaquetilla amarilla del fatuo” y aturdía con su joven voz de bajo a los enemigos del futurismo.

Pasmaba a sus adversarios, a más de con su ruidosa conducta, con versos insolentes, retadores:

Manché en seguida el mapa cotidiano  
volcando sobre la pintura del vaso;  
mostré los carrillos torcidos del océano  
en la gelatina del plato.  
En las escamas de un pez de hoja de lata,  
leí de labios nuevos las llamadas.  
¿Y vosotros,  
tocar podríais  
nocturnos  
en la flauta de la cañería?

(¿Y vosotros, podríais?)

Así era. Y si Mayakovski se hubiera limitado a escribir versos de tal meollo y resonancia, incluyéndose en ese feudo como hizo la mayoría de los integrantes de dicho grupo, habría sido relegado al olvido o figuraría en la historia de la poesía rusa del siglo xx con unas breves líneas.

Pero no ocurrió así porque desde los primeros años de su vida poética Mayakovski se elevó ya sobre sus compañeros como artista que buscaba para la poesía el camino hacia el corazón del gran lector futuro. En sus más tempranos versos, anteriores a la revolución, resonaban ya con originalidad y fuerza las notas de la protesta social.

En su primer poemario, *La nube con pantalones*, publicado en 1915, Mayakovski aparece ante los lectores no solo como un demolidor de todo lo caduco, se revela además como un humanista con el corazón lacerado por el desbarajuste reinante en el mundo, lleno de ira por la injusticia de un régimen social en el que unos millares de individuos viven como parásitos a costa del trabajo y los sufrimientos de millones de seres humanos.

A estos millones de personas dirige el poeta sus palabras, rebozantes de asombrosa visión poética:

Donde la vista humana, ya no llega,  
coronado de espinas de la revolución,  
como jefe de las hordas hambrientas,  
el año diez y seis viene sin remisión.  
Entre vosotros, yo soy su precursor;  
estoy en dondequiera que hay dolor;  
en cada lágrima vertida,  
me crucifico yo.

Al leer todo lo que escribiera Mayakovski en los años anteriores a Octubre, se percibe con nitidez que bajo “la chaquetilla amarilla del fatuo” ardía con fuego inextinguible el corazón de un luchador, lleno de intenso amor al hombre de la calle, injustamente golpeado por el régimen social.

No importa que en los versos prerrevolucionarios del poeta se hiperbolice su “yo” lírico. No importa que su ímpetu revolucionario se convierta a veces en “apostólica” renunciación de rebelde solitario, lo principal es que en todos sus versos se refleja el convencimiento de que:

Y él,  
el hombre libre,  
que anunció  
a gritos fuertes,  
vendrá,  
creedme a mí,  
¡creedme!

Y sus buenos diez años después de que fuera esto escrito, encontramos en su poema *A casa* la siguiente confesión, de muy gran importancia y hondo significado para comprender la vida del poeta:

Los proletarios  
                    al comunismo vienen  
                                    desde abajo  
—desde minas,  
                    hoces  
                    y horquillas—,



mientras que yo,  
al comunismo me lanzo  
desde los cielos de la poesía,  
porque sin él  
no tiene amor  
el alma mía.

El humano amor “al hombre de la calle” fue el hilo de Ariadna que guio a Mayakovski, durante toda su vida, por los campos de la literatura.

Su aguda intuición de la historia le ayuda, en los turbulentos días de las conmociones revolucionarias, a encontrar inmediatamente su sitio, al lado de los bolcheviques, en las barricadas que dividen el mundo. Esa intuición le ayuda también, en los primeros meses del Poder soviético, a ver “tras las montañas de penas, inmensas, soleadas tierras”, a liberarse de los excesos futuristas de la juventud, a convertirse en “agitador, vocero y cabecilla” del pueblo que, por primera vez en la historia de la humanidad, emprende el camino, no recorrido aún por nadie, de la edificación de una nueva sociedad, justo y feliz, para toda la gente del mundo.

Sintiéndose entre los combatientes y constructores de la nueva sociedad, “la fábrica de dichas”, Mayakovski no hace ascos a ningún trabajo corriente, por “humilde” que sea, en pro de la victoria de la causa de Octubre. En los años de la guerra civil, como poeta y dibujante, trabaja en las “Ventanas de la Rosta”\*, hace carteles llamando a la lucha contra las dificultades de la guerra y el bloqueo,

---

\* Agencia Telegráfica Rusa (N. del T.).

impuestos al pueblo por la intervención extranjera, infunde en los corazones fe en la victoria.

Después de la guerra, no desdeña el trabajo, despreciado por los “sacerdotes del arte puro”, de creación de un sistema soviético de publicidad, escribe versos-comentarios de los temas más palpitantes del día, recorre el país, conquistando auditorios masivos para su verso innovador y revolucionario, va al extranjero como representante plenipotenciario de la nueva cultura engendrada por la Revolución de Octubre.

Y de toda esta impetuosa actividad, de este continuo contacto con miles de lectores, de constructores del socialismo, nacen los versos, poemas y canciones que destacan a Mayakovski como primer poeta de la revolución.

Poeta-innovador, incluye con audacia en el círculo de los temas poéticos los asuntos y casos más prosaicos en apariencia y lleva al mundo de la lírica personal todo lo humano, todo lo común engendrado por la nueva realidad.

Al tema personal está dedicado el poema de Mayakovski *Sobre eso*. Los sentimientos y emociones íntimas del poeta embellecen su ciclo de poesías acerca del extranjero, llenas de humano amor a la gente del trabajo, a las víctimas de la discriminación racial y de airada protesta contra las condiciones que dan lugar al dolor y padecimientos de millones de personas. El mismo carácter personal orna líricamente sus poemas *Vladímir Ilich Lenin* y *¡Bien!*, todo él orientado hacia el futuro.

¡Lenin,

ahora,

más vivo está que todos los vivos.

Él es nuestro saber,  
y fuerza,  
y arma.

Estos versos del poema *Vladimir Ilich Lenin* expresaban los recónditos pensamientos de multitud de trabajadores. La muerte de Lenin, pérdida irreparable para el proletariado, lleva el pesar a millones de corazones humanos. El pesar y un caudal de energía creadora. Esta pena, que abraza el corazón de Mayakovski y conmueve todo su ser, constituye el impulso que le hace entrar en un nuevo período de fecunda creación. El poeta empieza a trabajar en una obra que había de coronar todo lo creado por él en los años de hercúleas proezas poéticas.

En tanto va forjando su poema, Mayakovski percibe de continuo lo indisolubles que son la vida y la lucha de Lenin de la vida y la lucha del pueblo y el Partido Bolchevique que aquel fundara. La propia estructura del poema nos muestra con claridad meridiana el papel que el poeta asigna a las masas populares en el proceso histórico. El héroe de la primera parte es el pueblo. Lenin, como personalidad, no figura en ella, pues el relato comienza “unos doscientos años” antes de su nacimiento. Pero el *leitmotiv* de toda esta parte es la espera, por las masas populares, de su jefe.

Y este aparece. Es un nuevo jefe popular engendrado por la historia, por la etapa proletaria de la lucha de liberación.

En la segunda parte de la obra, la central, se muestra la genial actividad de Lenin. En ella surgen los clásicos versos dedicados al Partido que, como el propio Lenin, ha nacido de la historia de la lucha revolucionaria:

El Partido y Lenin

son hermanos gemelos;  
para la madre-historia,  
¿quién es más entrañable de ellos?

Cuando decimos: Lenin,  
es como si dijéramos:  
el Partido.

Cuando decimos: el Partido,  
es como si dijéramos:  
Lenin.

En la tercera parte hay dos protagonistas: el pueblo y el Partido, anonadados con la muerte de Lenin, pero que marchan seguros y firmes hacia el objetivo señalado. Mayakovski pone de relieve tanto la inmensidad de la pérdida sufrida por el Partido y el movimiento obrero mundial, como la inmortalidad del leninismo, su inagotable fuerza, su transformadora influencia en toda la historia de la sociedad humana.

Mayakovski era un patriota de la nueva Rusia, de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. En la poesía *Despedida*, da su adiós a París con estas palabras:

Yo quisiera  
vivir  
y morir en París,  
si no hubiera  
en la Tierra  
un Moscú.

Esta misma nota resuena en muchos de sus versos, dedicados a acontecimientos “de casa” y del extranjero. Para él son tan amigos y camaradas el fundidor Kózyriev, que se traslada a una nueva vivienda, como los negros americanos Tom y Willy y los muchachos neoyorkinos de la Juventud Comunista. A todos les da el cálido afecto de su corazón, siendo con ellos sus afanes y esperanzas, sus penas y calamidades.

El tiempo es un severo juez y un tasador riguroso. Numerosos contemporáneos de Mayakovski, que aspiraban al elevado título de “próceres del pensamiento” de su época, no resistieron la prueba del tiempo. Cayeron de sus pedestales y desaparecieron en el olvido muchos de los que auguraban tal suerte a Mayakovski.

Los versos y poemas de Mayakovski dedicados en gran parte a palpitantes temas del día, que parecían pasajeros, continúan vi- viendo medio siglo después de la muerte de su autor.

En su poesía-testamento *A toda voz* escribía:

Mi verso,  
con trabajo,  
atravesará la mole de los años  
y aparecerá  
sólido,  
con ruda  
forma,  
como aparece hoy  
el acueducto,  
obra  
de los esclavos de Roma.

Esta profecía se cumplió. Y también se han convertido en realidad los sueños del poeta de que sus versos resonaran en las ondas de la radio y de que se esparcieran por la tierra “los folletos, cual lluvia pasajera”. Su innovadora experiencia ha hecho y sigue haciendo fecundas las búsquedas de varias generaciones de poetas en la Unión Soviética. Esa experiencia del gran poeta de la Revolución de Octubre ha dejado huella en líricos como Bertolt Brecht, Johannes Becher, Nazim Hikmet, Pablo Neruda y Louis Aragon.

Las decenas de millones de ejemplares de obras de Mayakovski editados en la Unión Soviética, en los idiomas de todos sus pueblos, los versos traducidos a casi todas las lenguas del mundo constituyen un serio testimonio del constante valor de la herencia literaria que nos dejara este gran vate soviético.

En la obra de Mayakovski, como el sol en la gota de agua, se refleja el alma de su pueblo y la faz de la época de que fue heraldo por designio de la historia.

ALEXEI SURKOV



VLADÍMIR ILICH LENIN

*Poema*





*Al Partido Comunista de Rusia*



ES HORA,  
y empiezo  
de Lenin a hablar.  
No porque  
se haya calmado  
el pesar;  
es hora  
porque  
esa angustia hiriente  
es ya dolor claro,  
sentido, consciente.  
Tiempo,  
vuelve a agitar  
las consignas de Lenin al viento.  
¿Es propio  
de nosotros verter  
las lágrimas a ríos?  
Lenin,  
ahora,  
más vivo está que todos los vivos.  
Él es nuestro saber,  
y fuerza,  
y arma.

LOS HOMBRES SON BARCAS,  
aun viviendo en tierra.

Durante  
los años  
que nos da el destino,  
multitud de sucias  
conchas y algas  
al costado  
se pegan  
de nuestra barca.

Y luego,  
pasada  
la tempestad brava,  
te sientas  
al sol y te limpias  
de las verdes barbas  
de las algas  
y de las medusas,  
viscosas, rosáceas.

Yo  
al sol  
leninista me limpio,  
y, proa a la revolución,  
navegando sigo.

Temo  
esos versos a millares  
como el mancebo  
teme las falsedades.

Le pondrán una corona reluciente,



la congelada tierra.  
Junto a las hogueras, helados  
de frío en la noche entera  
¿Quién es él?  
¿Qué ha hecho?  
¿De dónde procede?  
¿Por qué  
esos honores  
tan grandes merece?  
En la mente, una a una,  
busco las palabras,  
y no encuentro  
ninguna  
adecuada.  
¡Qué pobre es  
en el mundo  
el taller de palabras!  
¿De dónde he de sacar  
las apropiadas?  
Tenemos  
siete días,  
tenemos  
doce horas.  
No podemos  
contar con dos vidas.  
La muerte  
de disculpas no es amiga.  
Cuando  
andamos mal de horas

y la medida  
del calendario es poca,  
decimos:  
“una era”,  
decimos:  
“una época”.  
Durante  
la noche  
dormimos.  
Durante  
el día actuamos.  
Nos gusta  
echar agua en un cesto,  
si es que este  
cesto es nuestro.  
Y cuando surge  
alguien que, por todos,  
dirige con acierto  
torreteras de acontecimientos,  
decimos:  
“es un profeta”,  
decimos:  
“es un genio”.  
Nosotros  
no tenemos pretensiones,  
no nos metemos  
donde no nos llaman;  
con que gustemos  
a nuestras mujeres,



de sobra  
                  tenemos para estar contentos.  
Y cuando surge alguien  
                                  que, fundida alma y cuerpo,  
diferente a nosotros,  
                                  avanza impetuoso,  
le ponemos el rótulo:  
                                  “parece un rey”,  
nos llenamos de asombro:  
                                  “es un don de los cielos”.  
Eso dicen,  
                  y en el vacuo aserto  
                                  nada hay sabio ni necio.  
Las palabras en el aire flotan  
                                  y cual humo se disipan luego.  
Nada puede sacarse  
                                  de tales cascarones hueros.  
Ni cabeza ni manos  
                                  sentirán nada nuevo.  
¡Cómo vamos  
                  a medir  
                                  a Lenin con tan pobre rasero!  
Pues con sus ojos  
                                  cada uno  
                                  veía  
que esa “era”  
                                  entraba por la puerta  
sin rozar  
                  el dintel

con la cabeza.  
¿Será posible  
que de Lenin también digan:  
“Era jefe  
por la gracia divina”?  
De haberse  
parecido  
a un rey o a un dios,  
yo,  
sin temores,  
ciego de furor,  
me alzaría  
impertérrito  
ante el cortejo,  
frente al gentío  
y la veneración.  
Hallar  
sabría  
maldiciones  
que hirieran los oídos,  
y antes  
que me aplastasen,  
en unión de mi grito,  
al cielo  
lanzaría  
mis blasfemias,  
y al Kremlin,  
las bombas  
de mis iracundos:

Pero al lado del féretro  
 los pasos de Dzerzhinski<sup>1</sup>  
 firmes resuenan.  
 Hoy, bien podría  
 abandonar  
 sus puestos la Cheka<sup>2</sup>  
 Millones de ojos,  
 entre ellos  
 los dos míos,  
 tan solo ven carámbanos  
 de lágrimas  
 cuajadas por el frío.  
 A Dios  
 las rituales honras  
 no le asombran.  
 ¡No!  
 Hoy,  
 con esta inmensa pena,  
 el corazón se ha helado.  
 Hoy  
 enterramos  
 al más terreno

.....  
 1 Félix Edmúndovich Dzerzhinski: en aquellos años, comisario del pueblo del interior, fiel discípulo de Lenin y su compañero de lucha, paladín de la revolución.

2 Cheka: Comisión Extraordinaria para la lucha contra la Contrarrevolución. Encabezada por F. Dzerzhinski, la Cheka descubrió y liquidó una serie de complots antisoviéticos en los primeros años del poder soviético.

de todos  
los hombres  
que por la tierra han pasado.  
Era terreno,  
pero no de esos  
que solo ven  
su mundo,  
su mísero agujero.  
De una mirada,  
la tierra  
entera él abarcaba,  
veía  
lo que el tiempo  
de momento ocultaba.  
Era como vosotros,  
y como yo,  
exactamente igual,  
con la sola  
diferencia, quizás,  
de que, junto a los ojos,  
del pensar,  
las arruguillas  
se le acusaban más  
que a nosotros,  
y sus labios eran más firmes,  
más irónicos.  
No tenía la dureza del sátrapa  
que, empuñando las riendas,  
con su carro

triumfal  
te aplasta y te atropella.  
Trataba  
al camarada  
con un cariño  
profundamente humano.  
Mas, frente  
al enemigo,  
era más duro  
que el hierro fundido.  
No le eran ajenas  
esas flaquezas  
que tenemos todos,  
le aquejaban  
las enfermedades, igual que a nosotros.  
Yo, por ejemplo,  
juego al billar,  
para el ojo aguzar,  
a él le gustaba el ajedrez,  
eso a los jefes  
aprovecha bien.  
Y pasando  
del tablero  
al enemigo auténtico,  
convirtiendo  
en hombres  
a los que ayer eran peones,  
puso  
la dictadura obrera de los hombres

sobre la prisión,  
capitalista, de la torre.  
Él amaba  
lo mismo  
que nosotros amamos.  
¿Por qué razón,  
entonces,  
estando yo de él tan lejano,  
la vida  
daría,  
embobecido de entusiasmo,  
por un único  
hálito  
de sus labios?!  
¡Y no yo solo!  
¿Soy yo mejor,  
acaso, que los otros?!  
No haría falta ni llamar,  
bastaría con abrir la boca.  
¿Quién de vosotros,  
del campo o de la mina,  
un paso al frente  
no daría  
con alegría y ansia loca?  
Tambaleándome  
—como si hubiera  
bebido de más—,  
por instinto  
de los rieles del tranvía

me aparto sin cesar.

¿Quién  
 lloraría  
 ahora  
 mi muerte pequeña  
 cuando todo está de luto  
 por esta muerte inmensa?  
 Van lentos con banderas,  
 o sin ellas.  
 Parece que,  
 de nuevo,  
 se ha vuelto nómada  
 Rusia entera.  
 Y la Sala de las Columna<sup>3</sup>  
 retiembla  
 de gentío repleta.

¿Por qué?  
 ¿Para qué?  
 ¿Cuál es el motivo?

Está ronco  
 el telégrafo  
 del fúnebre rugido.

Hay lágrimas de nieve  
 en las banderas,  
 cuál párpados enrojecidos.

---

3 La Sala de las Columnas de la Casa de los Sindicatos: edificio histórico, situado en la parte central de Moscú. En este edificio se celebran los actos solemnes más importantes de carácter social. Allí, en enero de 1924, se encontraba el féretro con los restos mortales de V. I. Lenin, para que el pueblo pudiera darle su último adiós.

¿Quién es él?

¿Qué ha hecho?

¿De dónde procede?

Este hombre,

el más humano de los hombres?



Breve,

hasta sus últimos momentos,

la vida

de Uliánov

la conocemos.

Pero la larga vida

del camarada Lenin

hay que escribirla

y narrarla de nuevo.

A tiempos muy lejanos

se remontan

de Lenin

los primeros datos,

a unos doscientos años.

¿Oís

el férreo

y estentóreo grito

que atraviesa

los remotos siglos,

la voz sonora

de la tatarabuela



de Bromley y Guzhón<sup>4</sup>,  
 la voz de la primera locomotora?  
 Su Majestad  
     el Capital,  
         el rey  
             no coronado,  
 declara  
     ya vencida  
         la fuerza del vil campo.  
 La ciudad saqueaba,  
         robaba,  
             riqueza amontonaba,  
 llenaba bien  
     la panza de sus cajas,  
 mientras la clase obrera,  
         encorvada y flaca,  
 ocupaba su puesto  
         ante las máquinas.  
 Amenazaba ya,  
     alzando más y más  
         las chimeneas al cielo:  
 —El camino hacia el oro  
         pavimentáis  
             con nuestros cuerpos.

---

4 Fábricas Bromley y Guzhón: fábricas de construcción de maquinaria que pertenecían al capital extranjero. Nacionalizadas y reconstruidas después de la revolución, ya no llevan esos nombres.

Engendraremos,  
proveeremos,  
y un día vendrá  
el hombre,  
el luchador,  
el vengador,  
¡el juez severo!—  
Ya  
se mezclaban  
el humo y las nubes,  
cual  
soldados  
de un mismo regimiento.  
Se forma  
un doble cielo  
en el que el humo  
a las nubes oprime con ahínco.  
Crecen  
las mercancías,  
alzándose entre los mendigos.  
El director,  
diablo calvo,  
con el ábaco hacía cálculos,  
refunfuñando:  
“¡Crisis!”,  
y colgó frío  
el vocablo “despido”.

Las cagadas de moscas  
                                cubren  
                                    las golosinas,  
el pan  
     se pudre  
         en grano almacenado,  
mientras ante los escaparates  
                                de todos los Eliséievs<sup>5</sup>,  
con el hambre ladrando en el estómago,  
                                    se arrastra el paro.  
Gorgotean  
          las tripas vacías de los tugurios,  
ahogando con su ruido  
                                el llanto de los niños:  
—Para el trabajo,  
                                o para el fusil,  
                                    ¡toma  
                                        mis manos!  
¡Ven,  
   protector,  
         ven vengador!



Eh, tú,  
                camello,  
                                de las colonias descubridor!

5 Eliséiev: antes de la revolución, dueño de una gran empresa comercial que tenía filiales en las ciudades más grandes de Rusia.

¡Y vosotras,  
                     columnas de barcos de acero!  
 ¡En marcha,  
                     proa a los desiertos,  
                                             más ardientes que el fuego!  
 ¡Espuma haced,  
                                     más blanca que el papel!  
 Ya empiezan  
                     a surgir negros remiendos  
 entre los deliciosos  
                                     oasis palmeros.  
 Allí,  
             entre  
                     las plantaciones doradas, el negro,  
 a latigazos medio muerto,  
                                             exhaló su alarido:  
 —¡Hu-u-u-u-ú,  
                             hu-u-ú!  
                                             ¡Nilo, Nilo mío!  
 ¡Trae y llévate  
                     en tus aguas  
                                             los días sombríos!  
 Más negros  
                     que yo cuando duermo,  
 y que estalle un incendio  
                                             más rojo que la sangre que yo tengo.  
 Y que los panzudos,  
                                     blancos y negros,  
 se cuezan a un tiempo

en este café hirviendo.  
 Cada colmillo  
     de elefante  
         alcanzado  
 clávaselo en la carne,  
         déjalo en su corazón hincado.  
 Que la sangre se derrame con provecho,  
                     al menos  
                     para los biznietos.  
 Sal ya, radiante sol,  
         protector nuestro.  
 Yo acabo,  
     el Dios de la muerte  
         me llama a su lado.  
 No olvides  
     mi mandato dolorido,  
         ¡Nilo,  
         Nilo mío!  
 En las nieves de Rusia  
         en la Patagonia, soledades de horror,  
 el tiempo  
     ha puesto máquinas  
         exprimidoras de sudor.  
 Y al lado del Ivánovo,  
         Junto a Voznesensk<sup>6</sup>,  
                     clamor de coplillas

---

6 Ivánovo-Voznesensk (hoy Ivánovo): importante centro textil cuyos trabajadores, durante muchos años, se declararon en huelga y participaron en sublevaciones revolucionarias.



no temía, de ninguna manera,  
mancharse,  
trabajando,  
la pechera.  
¡Le hacían ya llagas  
las feudales bragas!  
Y paso  
se abría  
no peor que hoy día.  
Floreció  
en revoluciones,  
en su primavera,  
e incluso  
hacía coro  
a “La Marsellesa”.  
La máquina  
ideó  
e inventó un día.  
¡Y hasta los hombres  
a ella se sometían!  
Llenó  
el mundo,  
el mundo entero,  
de infinidad de niños  
obreros.  
Se zampó  
reinos  
y condados,  
con coronas y águilas,

de un bocado.  
 Orondo,  
     como una vaca bíblica,  
                             o un buey,  
 se relame contento.  
     Su lengua es el parlamento.  
 Con los años  
     dureza perdieron  
                             sus músculos de acero;  
 muchas carnes echó,  
                             y se puso  
 tan grueso,  
     con el correr del tiempo,  
                             como  
 su propio libro Mayor.  
 Un palacio erigió,  
     ¡suntuoso, sin par!  
 ¡Y más de un gran pintor  
                             por sus muros trepó!  
 El suelo, estilo imperio,  
     el techo rococó,  
 paredes,  
     Luis XIV,  
     Catorce, sí señor.  
 Y alrededor,  
     con cara  
                             que de culo  
 lo mismo  
     serviría,



cariculesca  
policía.  
A su alma sorda  
no le dicen nada  
canciones ni colores,  
como a la vaca,  
en el prado,  
las flores.  
La ética, la estética  
y demás zarandajas,  
son solo  
para él  
simple criadas.  
Paraíso  
e Infierno  
suyos son,  
y les vende  
a las viejas, por un tanto,  
los agujeros  
de los clavos  
de la cruz del Señor  
y las plumas  
de la cola  
del Espíritu Santo.  
Acabó  
por crecer  
él mismo demasiado,  
pues por él  
se desloma el esclavo.

Enriqueciéndose,  
                        zampanando  
                                        y durmiendo,  
el capitalismo se hinchó,  
                        se puso obeso.  
Y obeso  
                se tumbó  
                        en el camino de la historia,  
en el mundo,  
                como en su cama propia.  
No es posible esquivarlo  
                        ni pasarlo de largo,  
el único remedio  
                        ¡es volarlo!



Yo sé  
que sonreirá  
con amargura el lírico  
y con premura  
empuñará  
la vara el crítico:  
—¿Y el alma, dónde está?!

¡Eso es pura  
retórica!  
¿Y dónde, la poesía?  
¡Simple publicística!!

Capitalismo,  
no es palabra fina,  
suena mucho mejor  
“ruiseñor”,  
pero yo  
la repetiré  
una y otra vez.  
Verso,  
álzate como consigna agitadora.  
Yo escribiré  
de todo,  
de muchas cosas,  
pero ahora  
no es tiempo  
de palabritas amorosas.

A ti  
te doy,  
atacante clase obrera,  
toda mi sonora  
fuerza de poeta.  
El proletariado  
es algo molesto y estrecho  
para  
quienes ven  
en el comunismo un cepo.

Mas, para nosotros  
es esta palabra  
poderosa música capaz  
de alzar

a los muertos  
y hacerles luchar.



Los pisos de arriba,  
de espanto,  
se echan a temblar,  
hacia ellos se eleva ya, airado,  
el potente grito de los sótanos.  
—Paso nos abriremos  
hacia el azul del cielo,  
de par en par abierto.  
A través de  
este pozo de piedra, subiremos.  
Así será:  
de estos camastros se levantará  
el hijo del obrero  
y al proletariado guiará.  
A ellos,  
a los poderosos,  
les falta ya espacio en el globo.  
Y el capital  
tiende  
su cuerpo cebado,  
la mano,  
pesada  
de tantas sortijas,

hacia la garganta  
del que tiene al lado.  
Avanzan  
con chirriante  
estruendo de hierro.  
—¡Matad!  
¡Para dos burgueses el sitio es pequeño!—  
Las aldeas  
convierten en cementerios,  
las ciudades,  
en talleres ortopédicos.  
Se acabó,  
la mesa  
para el té está puesta.  
Con el pastel  
de la victoria en ella.  
—¡Oíd  
la macabra ventriloquia,  
las castañuelas de las muletas!  
De nuevo  
nos  
veréis  
en otra guerra.  
Este delito  
no lo perdonará  
jamás el tiempo.  
Llegará impetuoso,  
como las aguas  
en la primavera,

y os declarará  
                                           la guerra: ¡a vosotros  
                                                                                           y a vuestra guerra!—  
 Lagos  
                   de lágrimas  
                                           surgían en la tierra,  
 demasiado  
                                   intransitables eran  
                                                                                   los cenagales de sangre.  
 Y entretanto,  
                                   fantaseadores solitarios  
 buscaban soluciones cada día  
                                                                                   en las ingenuas utopías.  
 Al chocar  
                                   con la vida  
                                                                                   los filántropos se rompieron la crisma,  
 ¿Podían, acaso,  
                                   millones de humanos  
                                                                                   ir por la senda de los filántropos?  
 El propio  
                                   capitalista  
                                                                                   se siente ya incapaz,  
 es  
                   importante  
                                           para su máquina frenar:  
 su régimen  
                                   arrastra,  
                                                                                   como el viento las hojas secas,  
 un revuelto montón

de crisis y de huelgas.  
—¿A qué bolsillo  
vamos a parar  
como oro derretido?  
¿Con quién ir,  
a quién culpar?—  
La clase de millones de cabezas,  
para comprenderse,  
mira atenta.



El tiempo  
le robaba  
al capital  
las horas,  
superando  
la poderosa luz de los faros.  
El tiempo  
engendró  
al hermano Carlos,  
al hermano  
mayor de Lenin,  
a Marx.  
¡Marx!  
Ante nosotros aparece  
enmarcado en sus canas  
¡Qué distante  
es su vida

de como nos la ofrecen modelada!  
La gente ve,  
empotrado en mármol  
o escayola,  
a un frío anciano.  
Y sin embargo,  
cuando por el sendero revolucionario  
los obreros  
daban su corto  
pasito primero,  
¡qué hogar,  
qué inverosímil fuego  
hizo Marx  
de su corazón y de su pensamiento!  
Era  
como si en cada fábrica  
a pie firme estuviera  
y en todos  
los trabajos  
de callos se cubriera,  
a cuantos  
de la plusvalía se apropiaban  
los cogió  
con las manos en la masa.  
Allí donde temblaban  
tímidos cuerpecillos  
sin atreverse  
a levantar la vista  
más alto



del ombligo  
del logrero bolsista,  
Marx  
condujo  
a la guerra implacable  
de clases  
contra el becerro  
de oro,  
que era ya fuerte toro.  
Nos parecía  
que los remansos del comunismo  
solamente  
nos podrían  
llevar  
las olas  
del azar.  
Pero Marx  
las leyes  
de la historia descubrió,  
puso al proletariado  
en el timón.  
Los libros de Marx  
no son pruebas de imprenta,  
no son columnas  
de cifras secas,  
Marx  
puso  
en pie al obrero  
y lo condujo

en columnas  
 más rectas.  
 Conducía  
 diciendo:  
 morid combatiendo,  
 actuar  
 es corregir  
 lo que el cerebro ha impreso.  
 Vendrá,  
 vendrá  
 el gran práctico,  
 y os llevará tras él  
 a campos de batalla,  
 ¡no de papel!—  
 Moliendo con la piedra del cerebro  
 sus últimos pensamientos,  
 y trazando  
 con su mano de cera  
 la palabra postrera,  
 yo sé  
 que Marx  
 ya columbraba  
 en sueños el Kremlin  
 y la bandera  
 de la Comuna  
 sobre el rojo Moscú desplegada.  
 Como melones,  
 iban  
 madurando los días,

el proletariado  
dejaba de ser niño,  
y crecía.

Las murallas  
del capital  
se desmoronaban  
y caían.

En el transcurso  
de solo  
unos años,  
¿cuántos fragores  
de tormenta,  
siempre aumentando!

Y la ira creciente,  
desbordada,  
en insurrección acaba.

Van en crescendo  
las revoluciones,  
tras los fulgores de las insurrecciones.

El burgués, iracundo,  
se revuelve  
y en fiera se convierte.

Por los Thiers<sup>8</sup> despedazadas,  
lanzando desgarrantes alaridos,  
las sombras de nuestros bisabuelos,  
de los comuneros parisinos,

8 Primer ministro francés Thiers: uno de los verdugos de la Comuna de París en 1871.

están  
clamando ahí,  
en ese muro de París:

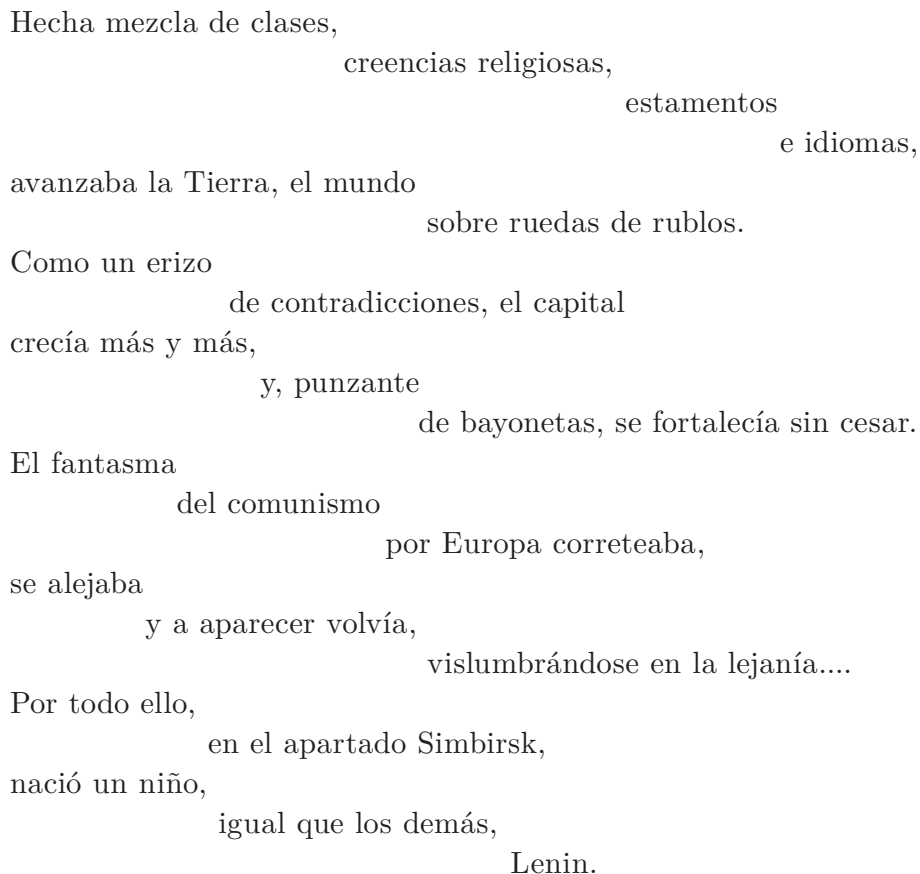
—¡Escuchad, camaradas!  
¡Mirad, hermanos!  
¡Ay de los solitarios,  
ya veis lo que nos ha pasado!  
¡Haced saltar la mole unidos!  
¡Golpead con el Partido!

Que un solo  
puño  
sea  
la clase obrera.—

Os dirán:  
“Somos los jefes”,  
cuando en realidad  
solo son pisaverdes.

Tras el ropaje  
de las palabras,  
¡distingue la piel de quien te habla!

Será el jefe,  
quien esté  
con nosotros hasta en las pequeñeces,  
más sencillo que el pan,  
más recto que la vía.



YO CONOCÍ A UN OBRERO.

Era un analfabeto,

no había visto

jamás la cartilla.

Pero oyó

hablar a Lenin,

y lo comprendió

todo en seguida.

Yo oí

el relato

de un campesino siberiano.

Arrebataron, fusil en mano,

un pueblecillo al enemigo,

e hicieron de él

un paraíso.

Aunque a Lenin

no leyeran ni oyeran,

esos hombres

leninistas eran.

Vi unas montañas

en las que

ni un solo arbusto crecía.

Solamente

las nubes

sobre las rocas

se abatían.

Y el único montañés

que en cien verastas había,

prendida

en sus harapos,  
una insignia de Lenin lucía.  
Se dirá:  
Eso  
son tonterías.  
Las señoritas  
también se prenden  
alfileres, por coquetería.  
Pero aquel no era un alfiler;  
el corazón de él,  
palpitante allí,  
rebotante del amor a Ilich,  
quemó la camisa  
y encendió la insignia.  
Esto  
no se puede explicar  
con los ringorrangos de los religiosos  
escritos esclavos.  
Y Dios  
no  
le dijo:  
¡Tú eres mi elegido!  
Con su paso humano,  
sus obreras manos  
y propia cabeza  
siguió  
ese camino.



Mira,  
    desde arriba,  
                a la Rusia entera:  
como largas huellas  
                de miles  
de varas,  
    los ríos azulean.  
Son como  
    señales de los latigazos.  
Pero más azules  
                que las avenidas de la primavera,  
son los cardenales  
                de la Rusia sierva.  
Mira,  
    desde un lado,  
                a la Rusia entera,  
y por dondequiera  
                que la vista extiendas,  
montañas,  
    presidios y minas  
se hincan  
    con anhelo  
                en el vidrio azulado del cielo.  
Pero aún más penoso  
                que aquellos presidios terribles,



era el duro yugo de los viejos tornos  
fabriles.  
Había países  
más ricos,  
más bellos,  
más listos.  
Pero tierras  
con dolor más grande,  
en toda mi vida,  
jamás las he visto.  
No todas las huellas  
de las bofetadas  
se borran de la cara.  
El grito arreciaba:  
—¡Alzaos  
por la tierra y la libertad!—  
Y rebeldes,  
aislados,  
la bomba  
o pistola  
agarraban.  
¡Cosa superior  
es meterle  
al zar todo el cargador!  
¿Pero y si,  
tan solo,  
junto a la carroza, levantas el polvo?!  
El promotor  
del asesinato del zar

ya ha sido atrapado;  
 es narodovolets,  
 de Uliánov hermano,  
 se llama Alejandro.<sup>9</sup>  
 Si matas a uno,  
 aparece otro  
 que con todo ardor  
 se afana  
 y esmera  
 en torturar mejor.  
 Y Alejandro  
 Uliánov  
 fue ahorcado por el verdugo,  
 como miles de Schlisselburgo.  
 Y entonces,  
 Ilich,  
 cuando tenía diez y siete años,  
 pronunció estas palabras,  
 más firmes  
 que el juramento del soldado:  
 —Hermano,  
 para sustituirte,  
 aquí nos tienes preparados,  
 ¡venceremos,  
 mas  
 por otro camino seguiremos!

---

9 Alexandr Uliánov, narodovolets: miembro de la sociedad revolucionaria “Naródnaya Volia”, fue detenido en la víspera del atentado contra el zar, juzgado por el tribunal militar y ahorcado en la fortaleza de Schlisselburgo, lugar de ejecución de muchos revolucionarios rusos.



Mirad los monumentos,  
                                ¿véis  
                                    qué héroes hay en ellos?

Se alzan con pompa,  
                                y tú has  
                                    de honrarles con una corona.

Muy distintas  
                                diarias,  
                                    de simples obreros

cargó Ilich  
                                sobre sus espaldas.

Al obrero,  
                                ante la boca del horno le enseña  
qué hacer  
                                para que el salario aumente  
                                                en cinco kopeks.

Qué hacer  
                                si el maestro  
                                    le pega cruel.

Cómo proceder  
                                para que el patrono  
                                                agua hervida dé.

Pero el objetivo final  
                                no es eso mezquino;  
no hay que detenerse  
                                en lo ya logrado,

pararse en la charca  
que está en el camino.  
La meta final es el socialismo.  
El enemigo, el capitalismo.  
Arma es el fusil,  
pero no la escoba.  
Mil veces  
repite lo mismo,  
tenaz y certero,  
ante el sordo oído,  
y mañana  
se unirán las manos  
de dos  
que entendieron.  
Ayer eran cuatro,  
hoy son cuatrocientos.  
Hoy nos escondemos,  
mañana  
a las claras nos levantaremos,  
y estos cuatrocientos  
un millar serán.  
A los trabajadores del mundo entero  
a la insurrección los alzaremos.  
Ya no somos  
blandos cual la manteca,  
mansos como corderos,  
la ira  
de los trabajadores  
se condensa en nubarrones negros,

desgarra  
con los rayos  
de los libros de Ilich,  
azota  
en granizadas  
de octavillas y de proclamas.  
Contra  
la roca de Lenin rompía  
la clase ignorante,  
corría,  
por él  
esclarecida y ancha,  
y, bañado  
con la fuerza  
y los pensamientos de las masas,  
junto con la clase,  
Lenin también  
se agrandaba.  
Se está ya  
convirtiendo en realidad  
la solemne  
promesa  
que Lenin joven diera:  
No  
estamos solos,  
somos  
la Unión  
de Lucha por la Emancipación

de la Clase Obrera.<sup>10</sup>  
 El leninismo avanza,  
 por los discípulos  
 de Ilich llevado,  
 cada vez  
 más lejos  
 y en frente más ancho.  
 En el polvo  
 y el fango  
 de la infinita Vladímirka<sup>11</sup>,  
 con sangre  
 escrito está  
 el heroísmo de la clandestinidad.  
 Al globo  
 terráqueo  
 cuerda le hemos dado,  
 E incluso  
 cuando  
 en los sillones del Kremlin estamos sentados,  
 ¡cuántos de nosotros,  
 de pronto,  
 bajo los decretos,  
 creemos oír  
 ruido de grilletes de Nérchinsk!  
 Una vez más

.....  
 10 La Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera: la primera organización obrera marxista en Rusia, embrión del Partido Comunista.

11 Vladímirka: camino por el cual los presos políticos desterrados iban de Moscú a Siberia.

la suerte  
del pájaro os voy a recordar.  
Tras la mirilla,  
el correteo eléctrico  
de los tranvías.  
¿Quién  
de vosotros  
no arañaba, no mordía  
los barrotes de la reja  
cada día?!  
Si te rompes  
la cabeza  
contra la pared estrecha,  
tras de ti  
lavarán y limpiarán  
la celda.  
“Fue tu vida breve, pero honrada,  
al servicio de la tierra amada”.  
¿En qué destierro  
Lenin cariño le tomó  
a la fúnebre fuerza  
de esta canción?



Decían:  
El *mujik*  
su propio camino seguirá,  
un socialismo

ingenuo y sencillo  
 organizará.  
 Pero la verdad  
 cierta  
 es que también  
 la Rus<sup>12</sup> se eriza en chimeneas.  
 La ciudad  
 barbas de humo tiene ya.  
 Al paraíso no te invitarán:  
 entre usted,  
 tenga la bondad.  
 El comunismo pasa por encima  
 del cadáver de la burguesía.  
 Para los cien millones de campesinos,  
 el proletariado es el guía.  
 Lenin  
 es el jefe de los proletarios.  
 El liberal o el eserista<sup>13</sup> avispados,  
 para agarrarles por el cuello,  
 harán a los obreros  
 promesas sin cuento;  
 Lenin le arrancará al ropaje  
 de sus frases

---

12 Hace referencia al estado eslavo antiguo, conocido como la Rus de Kiev. Los pueblos de Bielorrusia, Ucrania y Rusia reivindican a la Rus de Kiev como el origen de su legado cultural (N. del E.).

13 Eseristas (socialistas revolucionarios): pequeñoburgueses que propugnaban el terror individual; después de la Revolución de 1917, se convirtieron en una organización clandestina que luchó contra el poder soviético.



para que, cada vez,  
salgan de los libros  
en toda su aristócrata desnudez.  
A nosotros  
también  
nos tiene hartos  
esa palabrería de la libertad,  
de que todos somos hermanos;  
nosotros,  
con las armas marxistas pertrechados,  
el único  
partido  
bolchevique del mundo formamos.  
Si América  
atraviesas  
en el departamento de un exprés,  
como si vas por Chujlomá a pie,  
en los ojos  
se te clavarán  
tres grandes letras:  
PCR,  
y, entre paréntesis,  
una “b” pequeña.  
Ahora,  
a los Marte  
Púlkovo los atrapa,  
revolviendo  
en el cofre azul del cielo.

Pero para el mundo  
es esta  
minúscula precisamente  
cien veces más bella,  
grande  
y refulgente.



Las palabras,  
hasta  
las más importantes,  
del uso, se hacen viejas,  
como los trajes.

Yo quiero  
hacer brillar, con nuevo brillo,  
una palabra, la más majestuosa:  
“PARTIDO”.

¡Uno solo!...  
¿Quién lo necesita?!  
La voz de uno es de menos sonido  
que el piar del pajarillo.

¿Quién la oirá?  
¡Tu mujer, quizás!

Y eso  
si no estáis en el mercado,  
sino al lado.

El Partido  
es como

un huracán bravío  
en el que voces finas, quedas,  
se han unido y fundido;  
a su embate,  
se quiebran  
las fortalezas del enemigo,  
como del cañoneo  
saltan  
los tímpanos de los oídos.  
Desgraciado del hombre  
cuando está solo.  
Mal lo pasará,  
ninguna batalla ganará,  
todo el que posea una fuerza mayor  
será su señor,  
e incluso los débiles,  
si son dos.  
Pero  
si en un partido  
se apiñan los pequeños,  
entonces,  
¡ríndete, enemigo,  
y quédate ahí quieto!  
El Partido  
es una mano de un millón de dedos,  
apretada,  
con vigor,  
en recio puño demoledor.  
Uno solo es absurdo,

uno es como ninguno,  
uno,  
por muy importante  
que sea,  
no levantará  
ni una simple  
viga de madera,  
y menos, un edificio  
de cinco pisos.  
El Partido  
son  
millones de hombros,  
apretados, estrechamente,  
unos contra otros.  
Con el Partido  
obras levantaremos  
hasta el cielo,  
ayudándonos siempre,  
elevándonos mutuamente.  
El Partido  
es la espina dorsal de la clase obrera.  
El Partido  
es la inmortalidad de nuestra causa entera.  
El Partido  
es lo único que jamás me traicionará.  
Hoy dependiente soy,  
pero mañana  
reinos del mapa podré borrar.  
El cerebro de la clase,

la acción de la clase,  
la fuerza de la clase,  
la gloria de la clase,  
¡eso es el Partido!

El Partido y Lenin  
son hermanos gemelos;  
para la madre-historia,  
¿quién es más entrañable de ellos?  
Cuando decimos: Lenin,  
es como si dijéramos:  
El Partido.

Cuando decimos:  
el Partido,  
es como si dijéramos:  
Lenin.



Aún hay,  
a montones,  
testas coronadas,  
aún los burgueses  
negrean  
como cuervos en la invernallanada,  
mas ya  
el ardor  
de la lava obrera  
por el cráter del Partido,  
impetuosa, sale fuera.

Nueve de enero.<sup>14</sup>

La gaponiada<sup>15</sup> ha terminado.

Caemos,

por el plomo zarista segados.

De los cuentos

de la piedad del zar

no ha quedado ni pizca

después de la matanza de Mukdén

y de los estallidos de Tsusima.<sup>16</sup>

¡Basta!

¡Ya no creemos

en palabras ajenas!

En armas

nos alzaremos

nosotros mismos, los de Presnia.<sup>17</sup>

Parecía

que íbamos

a acabar con el trono en un minuto

.....  
14 El 9 de enero de 1905: este día el gobierno zarista ametralló a una pacífica procesión de obreros de Petersburgo, cuando se dirigían al palacio del zar a entregarle una petición.

15 Gapón: provocador, agente de la Ojrana zarista. Desde 1903, se ocupaba de formar organizaciones seudoobreras bajo la tutela de los gendarmes y la policía. Ayudó a la Ojrana zarista organizar el ametrallamiento de los obreros el 9 de enero de 1905, con el fin de ahogar en sangre el movimiento obrero.

16 Mukdén y Tsusima: lugares de las batallas más importantes de la guerra ruso-japonesa (1904-1905), en las cuales la flota y el ejército rusos fueron derrotados. Estas batallas revelaron la completa descomposición del régimen estatal y social de la Rusia zarista.

17 Presnia: barrio industrial de Moscú, donde tuvieron lugar los primeros combates de calle que anunciaron el comienzo de la revolución de 1905.

y que, tras él,  
la poltrona burguesa  
se rompería al punto.  
Ilich ya está aquí.  
Día tras día, con ahínco,  
pasa  
con los obreros  
el año cinco.  
Se encontraba  
a su lado en cada barricada,  
el desarrollo de toda  
la insurrección guiaba.  
Pero de pronto  
corrió una nueva muy taimada:  
“libertad”.  
La gente se prendió lacitos,  
el zar  
salió del balcón  
con un manifestito.  
Y tras aquella  
semana  
“libre”, de miel,  
los discursos,  
los lazos  
y las melodiosas canciones,  
los cubrió a la vez  
el profundo rugir de los cañones:  
se hizo a la mar  
de sangre obrera

el verdugo Dubásov,  
                                        almirante del zar.  
¡A la cara escupamos  
                                        de la canalla blanca  
que ahora farfulla acerca  
                                        de las ferocidades de la Cheka!  
Mirad  
                                        cómo aquí a los obreros,  
                                                            por los codos atados,  
les azotan el rostro  
                                        hasta matarlos.  
La reacción hacía estragos.  
                                        Los intelectualillos  
se apartaron de todo  
                                        y todo lo emporcaron.  
Los buscadores de Dios<sup>18</sup>  
                                        en casa se encerraron,  
encendieron las velas  
                                        y el incensario.  
Y empezó a gimotear  
                                        hasta el camarada Plejánov<sup>19</sup>:  
– ¡La culpa es de vosotros!

18 Después de la derrota de la revolución de 1905, una parte de los intelectuales, partidarios de la revolución, se desanimaron y, traicionando al movimiento revolucionario, se adhirieron a los “buscadores de Dios”, que propugnaban el misticismo religioso.

19 J. Plejánov: destacado teórico marxista que durante la revolución de 1905 se desvió a la derecha y se separó definitivamente de Lenin. Uno de los fundadores del ala oportunista, menchevique, de la socialdemocracia rusa.



Lo confundisteis todo, hermanos.  
¡Por eso tanta  
sangre se ha derramado!  
Las armas,  
en vano,  
no vale la pena empuñarlas.  
La voz  
resonante de Lenin  
se incrustó con brío  
en aquel lastimero gañido:  
—No,  
las armas  
hay que empuñarlas,  
pero  
con más decisión y energía.  
De nuevas insurrecciones veo ya el día.  
La clase obrera se volverá  
de nuevo a alzar.  
Para las masas  
debe ser la consigna  
no la defensa,  
sino la ofensiva.  
Y este año,  
de espuma de sangre cubierto,  
y estas heridas  
en el campo obrero  
parecerán  
una infantil  
escuela

entre las tempestades y tormentas  
de las insurrecciones venideras.



Y Lenin,  
que otra vez  
en el destierro se halla,  
nos prepara  
para  
la nueva batalla.  
Enseña  
y aprende él mismo,  
reúne  
de nuevo  
el destrozado Partido.  
Mira  
cómo las huelgas  
el año encrespan,  
un poco más,  
y de la insurrección estarás cerca.  
Pero,  
de los años,  
espantoso,  
el catorce se eleva de pronto.  
Suelen escribir:  
al soldado le gusta  
una pipa fumar  
y de antiguas campañas

un ratito charlar.  
 Pero esta  
     carnicería mundial,  
 ¡¿con qué Poltava,  
         con qué Plevna<sup>20</sup>  
                                 se la puede comparar?!  
 El imperialismo,  
     en cueros vivos,  
 con la barriga al aire  
         y los dientes postizos,  
 sin importarle  
     la sangre un comino,  
 devora los países,  
         tras los bayonetazos asesinos.  
 Los lameculos  
     serviles le rodean,  
 los patriotas  
     —los comodones Vovas—  
 escriben, luego  
     de lavarse las manos traidoras:  
 —¡Obrero,  
     combate,  
         hasta la última gota de sangre!  
 La tierra  
     era una montaña  
                         de revuelta chatarra

---

20 Poltava [1709, Ucrania] y Plevna [1877, Bulgaria]: lugares de las históricas batallas del ejército ruso.

en la que hampones  
y buscones  
hurgaban con afán.  
Y en medio  
de aquel inmenso manicomio,  
se irguió  
el único cuerdo:  
Zimmerwald.<sup>21</sup>  
Aquí  
Lenin,  
con un puñado de camaradas,  
sobre el mundo se levantó  
y alzó  
unos pensamientos  
de más resplandor  
que el mayor incendio,  
una voz  
con mayor fragor  
que el de todos los cañoneos.  
Allí  
millones,  
con cañoneos ensordecedores,  
el galopar de la caballería  
con cien mil sables destructores.  
Aquí,

21 Zimmerwald: ciudad suiza donde en 1915 se celebró la Conferencia Socialista Internacional, en la cual el grupo de izquierda, encabezado por Lenin, se pronunció decididamente en contra de la matanza imperialista.

contra  
                   los sables y los cañones,  
 pronunciados los pómulos  
                                   y calvo,  
                                           un solo hombre.  
 —¡Soldados!  
                   Los burgueses,  
                                   la traición y la venta consumadas,  
 tras de Verdún,  
                   al Dvina,  
                                   a los turcos mandan.  
 ¡Basta!  
                   ¡Transformemos  
                                   en guerra civil  
 la guerra entre los pueblos!  
 Basta  
                   de destrucciones,  
                                   de matar y de herir,  
 de nada  
                   tienen culpa  
                                   las naciones.  
 ¡Contra  
                   la burguesía de todos los países  
 alcemos  
                   la bandera  
                                   de la guerra civil!—  
 Se podía pensar:  
                   ahora  
                                   el cañón-horno

fuego estornudará  
y su fétido aliento  
todo lo arrasará,  
y luego, busca al hombrecillo,  
anda,  
trata de recordar, siquiera, su apellido.  
Con las gargantas,  
silbantes y aulladoras, de sus armas,  
unos a otros  
los países  
se gritan:  
¡De rodillas!  
Pero se acabó  
de pelear,  
y no hubo vencedor alguno,  
tan solo venció uno:  
el camarada Lenin, ¡nadie más!  
¡De imperialismo hay una infinidad!  
Se agotó ya  
nuestra  
paciencia angelical.  
Desde la Táurida  
hasta Arjánguelsk,  
tú has sido  
quebrantado  
por la Rusia insurrecta.  
El imperio  
¡no es ninguna gallina indefensa!  
Es un águila con el pico grande

y el poder de sus dos cabezas.  
 Sin embargo,  
     nosotros, un buen día,  
 escupimos  
     como una colilla  
                     toda su dinastía.  
 Inmenso,  
     de una herrumbre de sangre cubierto,  
 andrajoso,  
     descalzo y hambriento,  
 ¿qué haría el pueblo?  
     ¿A los Soviets iría  
                     o sacaría  
 las castañas  
     del fuego a los burgueses,  
                     como antes hacía?  
 —El pueblo  
     ha roto  
             las cadenas del zar,  
 Rusia en tormenta,  
     Rusia en tempestad—  
 leía  
     Vladímir Ilich  
             en Suiza  
 trémulo de emoción  
     sobre los diarios,  
                     juntos en montón.  
 Pero,  
     ¿de qué te enteras por unos simples sueltos?

¡Si pudiera  
volar allá en un aeroplano  
para  
echar una mano  
a los obreros insurrectos!–  
Tal era su único deseo,  
su único pensamiento.  
Partió para allá,  
sumiso a la voluntad  
del Partido, en vagón alemán,  
con precinto alemán.  
¡Oh, si aquel  
Hohenzollern<sup>22</sup>  
hubiera sabido entonces  
que Lenin también caería  
como una bomba en su monarquía!



Los de Petrogrado,  
todavía,  
al júbilo de todos contribuían:  
se abrazaban,  
como niños saltaban, alegremente,  
mas por la Nevski<sup>23</sup>

---

<sup>22</sup> Hohenzollern: dinastía de los emperadores alemanes a la cual pertenecía Guillermo II.

<sup>23</sup> Avenida Nevski [del Neva]: avenida principal de Petersburgo (hoy de Leningrado).



los generales ya pululaban,  
 luciendo, ufanamente  
 una cintita colorada.  
 Paso a paso,  
 a un punto llegarán  
 en que  
 la policía alarma pitará.  
 Los burgueses  
 ya empiezan  
 a sacar las uñitas  
 de sus blandas  
 y lanosas patitas.  
 Primero aparecieron los chiquitines:  
 pececillos como alevines.  
 Luego, otros mayores:  
 desde las sardinillas hasta los boquerones.  
 Después, el de los Dardanelos,  
 llamado Miliukov<sup>24</sup>, de soltero,  
 y tras él, Mijailito,  
 regia persona  
 y pretendiente a la corona.  
 El Premier  
 más bien es  
 ¡un bordado de seda que un poder!  
 No es ningún

---

24 Miliukov, P. N.: durante la primera guerra mundial, uno de los cabecillas de la contrarrevolución burguesa rusa, partidario acérrimo de llevar la guerra hasta el fin victorioso y de anexionar a Rusia el estrecho de los Dardanelos.

Comisario del Pueblo,  
de ruda aspereza  
sino, talmente, una damisela,  
¡puedes acariciarla con terneza!  
Lanza histéricos gritos,  
canta con voz de tenorcillo.  
No habíamos aún  
probado  
ni un bocado  
de todas estas  
libertades febreristas,  
cuando –provistos ya  
de varas– incitaban los defensasistas:  
“¡Al frente, al frente sin temor,  
pueblo trabajador!”  
Y para culminar  
el idílico paisaje,  
nos rodearon  
por doquier  
los guardianes,  
los que nos traicionaron  
antes y después,  
los eseristas y los Sávinkov<sup>25</sup>,  
y los mencheviques,  
gatos con saber.

25 Sávinkov B.: uno de los líderes del partido de los eseristas, provocador; después de la Revolución de Octubre, organizador de varios alzamientos contra el poder soviético.

Y de pronto,  
                    en la ciudad,  
                                que ya había empezado a engordar,  
viniendo de más allá  
                                del Neva  
y de la Estación de Finlandia,  
por el barrio de Víborg,  
                                un carro blindado empezó a resonar.  
  
Y un fuerte  
                    y fresco viento  
                                las espumeantes olas  
de la revolución  
                                alzó  
                                de nuevo.  
  
Se inundó  
                    la Liteiny<sup>26</sup>  
                                de blusas y de gorras:  
“¡Lenin está con nosotros!  
                                ¡Viva Lenin!” –cundía el alborozo.  
—¡Camaradas!–  
                    y sobre las cabezas  
                                de los primeros cientos de personas  
extendió  
                    hacia adelante  
                                su mano guiadora–.  
—¡Arrojemos  
con audacia

26 Avenida de Liteiny: una de las calles principales de Leningrado.

los viejos harapos de la socialdemocracia!  
¡Fuera  
el poder  
de los conciliadores y los capitalistas!  
Somos  
la voz  
de los de abajo,  
de la entraña de los obreros  
del mundo entero.  
¡Viva  
el Partido  
que construye el comunismo!  
¡Viva la insurrección  
por el Poder  
de los Soviets!—  
Por vez primera,  
ante una multitud enfervorizada,  
surgió  
de pronto ante nosotros,  
muy cercana,  
allí mismo,  
como la cosa más sencilla,  
la inaccesible palabra:  
“socialismo”.  
Allí mismo,  
llegando de las fábricas en fragores,  
cubriendo toda  
la bóveda celeste  
de fuertes resplandores,

[illegible]

27 Kzesínskaya: bailarina, amante del zar; su palacio fue ocupado por el pueblo revolucionario.

en la gran fragua leninista.  
 “Come dulces piñas  
 y zámpate ortegas,  
 que tu hora postrera,  
 burgués, ya te llega”.  
 Ya nos encaramamos  
 a los que están sentados  
 en la silla del amo:  
 ¿Qué tal vivís,  
 qué engullís ahí?  
 Para probar,  
 en Julio<sup>28</sup>,  
 la garganta y la panza  
 les empezamos a palpar.  
 Los burgueses enseñaron los dientes  
 inmediatamente.  
 —¡El esclavo se ha sublevado!  
 ¡Que su sangre  
 salte a latigazos!—  
 Y con la manecita  
 de Kerenski,  
 la orden quedó escrita;  
 ¡A Lenin fusilad!<sup>29</sup>

.....  
 28 Manifestación de julio [3-4 de julio de 1917]: manifestación pacífica de los obre-  
 ros, soldados y marinos petrogradenses, cuya consigna era: “¡Todo el poder a  
 los Soviets!”. Fue ametrallada por orden del Gobierno Provisional.

29 En agosto de 1917, el primer ministro Kerenski firmó la orden de detener a  
 Lenin con el propósito de asesinarlo.

¡A Zinóviev<sup>30</sup> encerrad!  
 Y el Partido,  
     de nuevo,  
         pasó a la clandestinidad.  
 Ilich está en Razliv,  
     Ilich está en Finlandia.  
 Pero ni la buhardilla,  
     ni el campo,  
         ni la choza  
 entregarán  
     el jefe  
         a la banda rabiosa.  
 A Lenin no se le ve ahora,  
     pero está muy cercano.  
 Por la forma  
     en que avanza el trabajo,  
 percibe ya la vista,  
     el rector  
         pensamiento leninista,  
 se percibe  
     de Lenin  
         la guiadora mano.  
 Para sus palabras,  
     el terreno es el más apropiado:  
 caen como la semilla

.....  
 30 Zinóviev, E. G.: participó en el movimiento socialdemócrata ruso desde 1901.  
 Después del II Congreso del Posdr en 1903, se adhirió a los bolcheviques.  
 Después de la Revolución, uno de los líderes del bloque antipartido trotskista-  
 zinovievista.

y, al instante,  
en acciones germinan,  
y junto  
al hombro  
del obrero,  
brotan millones  
de hombros de gente campesina.  
Y cuando  
solo  
ya quedaba ir a las barricadas,  
tras de fijar  
un día  
entre la fila de semanas,  
de modo inesperado,  
Lenin  
se presentó en Petrogrado:  
—¡Camaradas,  
basta ya de largas!  
El yugo del capital,  
el monstruo del hambre,  
el bandidaje de la guerra,  
la intervención rapaz,  
después parecerán  
—¡así será!—  
más pálidos que los lunares  
de esa vieja abuela  
que es la historia de la antigüedad—.  
Y al mirar



a estos días,  
desde allá,  
la cabeza  
de Lenin  
será lo primero que se verá.  
Este  
es el paso resplandeciente  
de la esclavitud odiada,  
durante miríadas,  
a los siglos  
de la comuna ansiada.  
Pasarán  
los años actuales,  
con dolores y pesares,  
y el verano de la comuna  
caldeará los años,  
y la felicidad,  
como el dulzor  
del fruto que nos nutre,  
madurará  
en las rojas  
flores de Octubre.  
Y entonces,  
a los que los mandatos  
de Lenin lean,  
al hojear  
las páginas  
de los decretos, amarillentas,  
les brotarán

las lágrimas,  
aunque costumbre ya no sea,  
y de emoción,  
golpeará en sus sienes  
la sangre de sus venas.  
Al hacer  
el resumen  
de todo lo vivido  
y buscar en los días  
el más resplandeciente,  
recuerdo siempre  
el mismo:  
el primero,  
el día veinticinco.  
El zigzagúeo  
de las bayonetas,  
cual rayos en el cielo,  
los marineros,  
que con las bombas juegan,  
como si pelotas fueran.  
Y del recio fragor,  
el Smolny<sup>31</sup>  
retiembla, todo en ebullición.  
Abajo, con la canana en banderola,  
los hombres de las ametralladoras.  
—El camarada

31 Smolny: sede del Soviet de Petrogrado (hoy de Leningrado); Estado Mayor de la insurrección armada de Octubre.

Stalin  
le llama.  
La tercera,  
a la derecha,  
allí se encuentra.  
—¡Camaradas,  
seguid!  
¿Qué hacéis parados ahí?  
—¡En los blindados,  
a Correos, venga!  
—¡El camarada  
Troski<sup>32</sup> lo ordena!  
—¡Comprendido!—  
dio la vuelta  
y partió a la carrera;  
solo, bajo una lámpara,  
brilló fugaz:  
“Aurora”<sup>33</sup>  
en la cinta  
de la gorra  
marinera.

32 Trotsky, L. D.: encabezaba una “corriente centrista” (trotskismo) en la socialdemocracia rusa. Poco antes de la Revolución de Octubre de 1917, en pleno auge revolucionario, ingresó en el Partido Bolchevique y formó parte de su Comité Central.

33 “Aurora”: acorazado, cuya célebre salva anunció el comienzo de la Revolución de Octubre.

Este corre ligero, orden en mano,  
aquel a un grupo que discute se ha acercado.  
Otro más,  
el fusil apoyado en la rodilla,  
el cerrojo hace chasquear.  
Viniendo  
de otro extremo del pasillo,  
Lenin  
pasó,  
desapercibido.  
Los soldados  
ya por Ilich  
a combates llevados,  
pero  
sin conocerle aún  
por los retratos,  
se empujaban,  
vociferaban,  
lanzándose sin cesar  
palabras más cortantes  
que las navajas de afeitar.  
Y en medio de aquella ansiada  
tempestad de hierro,  
Ilich,  
que incluso parecía  
soñoliento,  
andaba,  
se detenía  
y, entornando un ojo,

clavaba  
la mirada,  
con las manos cruzadas a la espalda.  
En un muchacho  
con polainas  
y cabellera alborotada  
fijó la mirada,  
que nunca el blanco erraba,  
que parecía  
sacar el corazón  
de debajo de las palabras  
y extraer  
de debajo  
de las frases el alma.  
Y yo sabía  
que todo había sido  
descubierto y comprendido,  
que la mirada  
aquella  
captaría también, seguramente,  
el grito de los campesinos,  
los clamores del frente,  
los anhelos,  
en la Nóbel y en la Putílov, de los obreros.  
En momento,  
centenas de provincias  
removía en su cerebro,  
y mil quinientos  
millones

de hombres llevaba en él, certero.  
 En  
     una sola noche  
                     podía sopesar  
                                     el mundo entero,  
 y a la mañana siguiente:  
 —¡A todos!  
                     ¡A todos!  
                             ¡A todos os digo!,  
 a los frentes,  
                     de sangre ebrios,  
 a los esclavos  
                     de todo género  
 entregados,  
                     vendidos a los ricos:  
 El Poder a los Soviets!  
 ¡Tierra a los campesinos!  
 ¡Paz a los pueblos!  
 ¡Pan a los hambrientos!  
 Los burgueses  
                     todo esto leyeron,  
                                     y se dijeron:  
                                             —Ya lo atraparemos—  
 sacaron las barrigas,  
                     repletas de argumentos de peso—:  
 Dujonin y Kornílov<sup>34</sup>,

---

34 Kornílov y Dujonin, generales blancos y Guchkov, ministro del Gobierno provisional, encabezaron una sublevación contrarrevolucionaria.

Guchkov y Kerenski  
 ya les enseñarán a esos  
 lo que es bueno.  
 Pero el frente,  
 sin combate,  
 lo tomaron las palabras aquellas,  
 llenáronse  
 en seguida  
 las ciudades y aldeas  
 de decretos<sup>35</sup>  
 que prendieron fuego  
 hasta en los corazones de los analfabetos.  
 Sabemos  
 que nosotros,  
 y no ellos,  
 les hemos enseñado  
 “lo que es bueno”.  
 Corría de cercanos  
 a lejanos, y de lejanos,  
 a otros de más allá,  
 haciendo los corazones estallar:  
 “¡Paz a las chozas,  
 guerra  
 a los palacios,  
 guerra sin piedad!”

.....  
 35 Los decretos sobre la paz y sobre la tierra y la disposición sobre la formación del gobierno obrero y campesino fueron los primeros documentos legislativos promulgados por el gobierno revolucionario.







Vivíamos  
todavía  
la época de las octavillas.  
De las trincheras  
volaba  
a las orejas alemanas:  
—¡Ya es hora de acabar!  
¡Salid a confraternizar!  
Y el frente corría  
hacia los caracoles  
de los vagones de mercancías.  
¿Acaso se podía,  
con un puño crispado  
parar aquel torrente desbordado?  
A veces, parecía  
que la barquilla iba a zozobrar  
y que la bota de Guillermo,  
de espuelas más agudas que las de Nicolás,  
las fronteras  
del País de los Soviets iba a borrar.  
Surgieron los eseristas  
con las capas desplegadas,  
enredando en su vanilocuencia  
a los que raudos escapaban,  
incitando  
a abatir

a los monstruos de acero,  
 bellamente,  
 con la estúpida  
 espada del caballero.  
 A los  
 que se engallaron,  
 Ilich les gritó:  
 —¡Quietos!  
 Que el Partido  
 cargue también  
 con este peso.  
 El abyecto  
 respiro de Brest<sup>36</sup> tomaremos.  
 Perderemos espacio,  
 mas ganaremos tiempo.  
 Para  
 no perecer  
 en el respiro,  
 y poder afirmar:  
 —Recordarán los golpes míos—,  
 antes  
 de adiestrarte,  
 tu conciencia adiestra,  
 y en las filas

---

36 El joven Estado soviético tuvo que firmar un tratado inicuo con Alemania, que estuvo en vigor durante un período muy corto y se anuló en noviembre de 1918, al estallar la revolución en Alemania que destronó a Guillermo II.

del Ejército Rojo  
forma con firmeza.



Los historiadores  
los carteles de la hidra<sup>37</sup>arrancarán:  
—¿Existía esa hidra  
en realidad?—.

Mas nosotros  
la conocimos  
de verdad,

en todo  
su tamaño natural.

“Por el Poder de los Soviets  
a combatir iremos,  
y, luchando por él,  
¡morir sabremos!”  
Viene Denikin.

A Denikin se le echará,  
y el hogar que el cañón abatió  
a alzarse volverá.

Ya tenéis a Wrángel aquí,  
para a Denikin sustituir;  
al barón se le arrojará,

---

<sup>37</sup> Durante la guerra civil, los caricaturistas representaban al imperialismo como una hidra de muchas cabezas.

y llegará Kolchak.<sup>38</sup>  
 Dormíamos en los charcos,  
 comíamos cortezas,  
 pero avanzábamos,  
 cual millones de rojas estrellas,  
 y cada uno a Ilich dentro llevaba,  
 de cada uno Ilich se preocupaba  
 en un frente  
 de once mil verstas.  
 Once mil verstas  
 en circunferencia,  
 ¿pero cuántas, cruzando  
 a lo largo y a lo ancho?  
 Pues cada casa  
 atacar se debía,  
 cada puerta  
 a un enemigo  
 escondía.  
 El monárquico y el eserista  
 acechaban noche y día:  
 a veces, te mordían cual serpientes,  
 otras, de un tajo te partían.  
 ¿La fábrica

---

38 El general *Denikin* dirigía la primera ofensiva de importancia de los blancos contra la República Soviética desde el Sur; al ser derrotado Denikin, el barón *Wrángel* entró en las estepas ucranianas por la parte de Crimea. El almirante *Kolchak* encabezó los ejércitos blancos en Siberia. Respaldados por los imperialistas de Occidente, trataban de estrangular el Estado soviético. Los resultados de sus tentativas son conocidos por todo el mundo.

de Mijelsón,  
sabes dónde está?  
Por la sangre  
de las heridas  
de Ilich<sup>39</sup> la encontrarás.  
Los eseristas  
no saben  
apuntar muy bien:  
al disparar,  
se dieron  
ellos mismos en la sien.  
Pero más espantoso que las bombas  
y las balas de las pistolas,  
es el asedio del hambre,  
del tifus implacable.  
Mirad  
cómo revolotean  
las moscas sobre las migajas;  
tienen menos hambre  
que nosotros  
el año diez y ocho:  
a pie firme,  
en la calle fría,  
para una ochava mísera,  
aguardábamos

.....  
39 En 1918, la eserista Kaplán cometió un criminal atentado contra la vida de Lenin, escogiendo un momento cuando Lenin salía de la fábrica Mijelsón de Moscú, después de haber pronunciado un discurso ante los obreros de la misma.

Aunque me enchironen  
 y hagan padecer,  
 ¡por una patata vendo patata vendo yo una fábrica,  
 si la compra usted!  
 Y los arsenales,  
 con una decena de naves  
 mayores,  
 aullaban jadeantes  
 haciendo encendedores.  
 Mientras los kulaks<sup>40</sup>  
 tenían mantequilla y panecillos.  
 Su cálculo  
 era seguro y sencillo:  
 esconder el grano  
 en buen lugar  
 y enterrar los billetes  
 de Kerenski y Nicolás.  
 Sabemos  
 que el hambre  
 todo se lo lleva,  
 el trance requiere dureza  
 y no una blandura de cera,  
 y Lenin  
 contra los kulaks arremete

40 *Kulaks*: burguesía rural que se enriquecía explotando la fuerza asalariada; al sufrir el país hambre, durante la guerra civil, los *kulaks* escondían el trigo y otros productos, tratando de minar *desde* dentro el joven Estado soviético.

sin vacilación  
con los destacamentos de abastecimiento  
y el sistema de contingentación.  
En situación  
como esa,  
la palabra “demócrata”  
¡solo puede caber  
en cabeza tonta a más no poder!  
Y de emplear el palo,  
hay que pegar  
sin dejar un solo hueso sano,  
pues la victoria solo es segura  
con una férrea dictadura.



Ya hemos vencido,  
pero  
brechas tenemos:  
la máquina está parada,  
y destrozado  
el revestimiento.  
¡Cascoes a montones!  
¡El empapelado hecho jirones!  
¡En aluvión, entrad!  
¡Tomad y llevad!  
¿Dónde está el puerto?  
Los faros  
están rotos, muertos.

Escoramos,  
                   ¡y sobre las olas  
                                           las cruces de los mástiles posamos!  
 A estribor  
                   nos inclinan  
 cien millones  
                   de carga campesina.  
 Los enemigos  
                   aúllan de entusiasmo,  
 pero tan solo  
                   Ilich sabía y podía evitarlo:  
 de pronto,  
                   en veinte rumbos,  
                                           vuelta le dio al timón,  
 con girar  
                   de la rueda repentino y diestro.  
 Y se hizo, al momento,  
                   asombroso silencio;  
 los campesinos,  
                   en carros,  
                                           al muelle traen el grano.  
 Letreros habituales se ven  
                   –Compra–  
                                           –Venta–

NEP.<sup>41</sup>

---

41 NEP [Nueva política económica]: política económica que llevó a cabo el Estado soviético durante un período transitorio, encaminada a fortalecer la alianza de la clase obrera y el campesinado y basada en la sustitución del sistema de contingentación, según el cual los campesinos entregaban al Estado todos los



Lenin entornó los ojos:

—Arreglaos por ahora,  
aprended a medir,  
si no lo hacéis,  
nada valdréis.

La costa

acunaba

a la tripulación cansada.

Estamos habituados a la tormenta,

¿qué trampa es esta?

Ilich

a una bahía profunda

señaló certero,

y encontró

el punto exacto

del amarradero,

y suavemente,

en el mundo,

en los *docks* de la construcción,

el coloso

de las Repúblicas Soviéticas entró.

Y el propio

Lenin

llevaba

a la brecha

la madera

.....

sobrantes de los productos agrícolas, por el impuesto en especie, sistema que permitía a los campesinos disponer libremente de estos sobrantes.

y el hierro  
para su arreglo.  
Como planchas de acero,  
levantaba  
y medía  
los *trusts*,  
las tiendas  
y las cooperativas.  
Y otra vez  
Lenin  
se convierte en timonel;  
luces por las bordas,  
a proa y a popa.  
Ahora,  
de los abordajes y de los asaltos,  
pasemos  
al asedio  
del trabajo.  
Retrocedimos  
después  
de hacer los cálculos exactos.  
Al que se descompuso,  
lo arrojamos  
del barco.  
Ahora, ¡adelante!  
El retroceso ha terminado.

PCR<sup>42</sup>,  
ja bordo la tripulación!  
Para la Comuna –que durará siglos–,  
¿diez años qué son?  
Adelante,  
y la NEP, diminuta,  
desaparecerá en el pasado.  
Avanzaremos  
cien veces más lentamente,  
pero un millón  
más sólida y firmemente.  
De los elementos  
pequeñoburgueses  
queda  
todavía  
la marejadilla,  
mas ya los relámpagos  
desgarran  
las nubes tranquilas  
y, en crescendo,  
la tormenta  
mundial se aproxima.  
Al diezmado  
enemigo  
lo reemplaza otro nuevo,  
pero, ¡así será!;

42 PCR: Partido Comunista (bolchevique) de Rusia (así se llamaba el Partido Comunista de la Unión Soviética hasta 1925).

encenderemos el cielo  
sobre el mundo entero,  
aunque  
más vale hacerlo,  
que  
escribir de ello.  
Ahora,  
cuando bebemos  
o comemos,  
o a la fábrica de todos  
volvemos,  
después del almuerzo,  
sabemos  
que el proletariado es el vencedor  
y que Lenin  
es de las victorias organizador.  
De la Komintern  
a los *kopeks* tintineantes  
con la hoz y el martillo  
en el cobre flamante,  
una sola epopeya  
no está escrita en la historia:  
el caminar de Ilich  
de victoria en victoria.  
Las revoluciones  
son pesada cosa;  
uno no la levanta,  
las piernas se le doblan.  
Pero Lenin

era el primero  
                                           entre los primeros  
 por la fuerza de su voluntad  
                                           y la palanca de su intelecto.  
 Uno tras otro,  
                                           los países se alzaban,  
 y la mano de Ilich,  
                                           precisa, señalaba:  
 los pueblos  
                                           –el de color,  
                                                           el blanco  
                                                                   y el negro–  
 bajo las banderas  
                                           de la Komintern forman sin miedo.  
 Las columnas del imperialismo,  
                                           sus sillares profundos:  
 los burgueses  
                                           de las cinco partes del mundo,  
 corteses,  
                                           los sombreros de copa  
                                                           y coronas se quitan  
 y ante la República  
                                           Soviética de Ilich se inclinan.  
 Los esfuerzos  
                                           de nadie  
                                           no nos causan espanto,  
 adelante  
                                           veloces vamos  
                                           como locomotora el trabajo...

y de pronto,  
la tremenda noticia nos cayó:  
A Ilich un ataque  
le dio.

SI EN UN MUSEO

se exhibiera a un bolchevique  
vertiendo lágrimas,  
el museo estaría

todo el día

lleno de papanatas.

Sería natural,

¡pues tales cuadros

no se han visto jamás!

Los *panis* a fuego nos marcaban

la estrella de cinco puntas

en la espalda.

Las bandas

de Mámontov vivos nos enterraban

dejando solo la cabeza

fuera de la tierra.

En los fogones de las locomotoras

los japoneses nos quemaban,

de estaño y plomo derretidos la boca nos llenaban.

Rugían: —¡Abjurad ahora mismo!—

pero

de las ardientes gargantas

solo salían tres palabras:

—¡Viva el comunismo!

Butaca tras butaca,

fila tras fila,

este hierro

este acero

irrumpía,  
                     el veintidós de enero,  
 en el edificio de cinco pisos  
                                             del Congreso de los Soviets.  
 Se sentaban,  
                     bromeaban,  
 resolvían,  
                     de paso,  
                             asuntos cotidianos.  
 ¡Ya es hora de empezar!  
                                             ¿Por qué tardarán tanto?  
 ¿Por qué  
                     la presidencia tiene claros,  
                                             como un bosque talado?  
 ¿Por qué los ojos  
                     están más rojos  
                                             que los palcos?  
 ¿Qué le pasa a Kalinin<sup>43</sup>?  
                                             Apenas se mantiene en pie.  
 ¿Una desgracia?  
                     ¿Cuál?  
                                             ¡No puede ser!  
 ¿Y si a él...?  
                     ¡No!  
                                             ¡¡Imposible es!!

.....  
 43 Mijaíl Ivánovich Kalinin: uno de los más viejos compañeros de lucha de Lenin; en aquella época ocupaba el cargo de presidente del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia; más tarde, presidente del Presídium del Consejo Supremo de la URSS.



Sobre nosotros  
                                  el techo  
                                       empezó a descender como un cuervo.  
Inclináronse las cabezas a la par,  
                                                ¡inclinadlas más!  
De pronto, las luces derramadas  
                                                            de las arañas se estremecieron  
y negras se volvieron.

Apagose  
el tintineo inútil de la campanilla.  
Sobreponiéndose,  
Kalinin se levantó.  
No es posible tragarse las lágrimas  
que caen del bigote y las mejillas.  
Le han traicionado.  
Brillan ya en la perilla.  
Los pensamientos, confundidos,  
oprimen la cabeza,  
la sangre a las sienes se eleva,  
y borbotea en sus venas.  
—Ayer,  
a las seis y cincuenta,  
¡falleció el camarada Lenin!



Este año ha presenciado

lo que jamás verán cien años.  
 Un solo día  
     para los siglos  
         queda,  
             como una triste leyenda.  
 El horror  
     un gemido  
         del hierro arrancó.  
 El sollozo  
     por los bolcheviques se esparció.  
 El dolor, ¡cuánto pesaba!  
         Ellos mismos,  
             como fardos,  
                 a la calle se sacaban.  
 Para enterarse:  
         ¿Cuándo y cómo?  
             ¿Por qué lo callan?  
 Por calles  
     y callejas,  
         como un catafalco,  
 avanza flotante  
     el Gran Teatro.  
 La alegría  
     se arrastra como el caracol.  
 El correr  
     de las penas es veloz.  
 ¡No hay ya barras  
         de hielo ni de sol!  
 Por la criba

de los periódicos cernida,  
negra harina  
de nieve todo lo cubrió.  
Junto al torno,  
la noticia,  
se abalanzó sobre el obrero.  
Entró como una bala en el cerebro.  
Como de un vaso volcado,  
las lágrimas, al momento,  
cayeron sobre el instrumento.  
Y el *mujik*,  
habitado al pesar,  
a mirar  
a la muerte  
sin pestañear,  
les volvió a las mujeres la espalda,  
pero le traicionó  
la cara,  
sucía del puño que la restregara.  
Hasta hombres de pedernal,  
se mordieron  
haciéndolos sangrar.  
Los niños  
se pusieron serios como ancianos,  
y como niños  
los ancianos lloraron.  
El viento  
aullaba en vela  
por toda la tierra,

que no acababa  
de comprender,  
en su estupefacción,  
que en Moscú,  
en una diminuta  
y fría habitación  
yacía en su ataúd,  
el hijo y padre de la Revolución.  
Murió,  
murió,  
murió.  
¿A quién  
vamos a convencer?  
Bajo el cristal,  
verá...  
Desde la  
Paveletski,  
lo llevan  
por la ciudad  
que él tomó a los señores.  
La calle  
es como una cruel herida,  
gimiente toda,  
toda dolorida.  
Aquí  
cada piedra  
a Lenin conoce  
por la reciedumbre  
de los primeros

ataques de Octubre.

Aquí  
    cuanto  
        está bordado  
            en cada bandera,  
por él fue ideado,  
        por él fue mandado.  
Aquí  
    cada torre  
        a Lenin ha oído,  
y le seguiría,  
        sin miedos,  
            a través del humo y del fuego.  
Aquí  
    a Lenin  
        conoce  
            cada obrero,  
ponedle las ramas de abeto  
            de los corazones vuestros.  
Él al combate conducía,  
        la victoria predecía,  
y ya ves:  
    el proletariado  
        dueño de todo es.  
Aquí  
    cada campesino  
        el nombre de Lenin  
lo inscribió en su corazón,  
        como en el Santoral,

con amor aún mayor.

Él dispuso  
que llamasen suyas  
las tierras  
con que los abuelos,  
a latigazos muertos,  
sueñan en sus féretros.

Y el susurro  
de los comuneros parece  
que brota  
de la Plaza Roja:  
—¡Querido, bien amado!  
Vive,  
que mayor ventura  
no necesitamos:  
¡Cien veces combatiremos  
y en las tumbas reposaremos!—

Si las palabras  
de un taumaturgo  
ahora resonaran,  
para que muriéramos  
y él se despertara;  
la presa de la calle  
todas sus compuertas abriría  
y el gentío,  
con canciones,  
a la muerte se lanzaría.

Pero no hay milagros,  
y soñar con ellos no conduce a nada.

No hay más que Lenin,  
                        el ataúd  
                                       y las espaldas encorvadas.  
Él era humano,  
                    hasta el fin, en sumo grado;  
llévalo  
          y atórméntate  
                        con un dolor humano.

Jamás  
          llevaron  
                        nuestros océanos  
un peso  
          tanpreciado  
                        como este ataúd rojo

que hoy navega hacia  
                        la Casa de los Sindicatos  
a hombros  
          de las marchas y de los sollozos.

Aún  
          su escolta  
                        de honor hacía  
la severa guardia  
                        de temple leninista,

y ya la gente  
          aguardaba,  
                        a pie firme clavada,  
a lo largo de toda  
          la Tverskaya  
                                       y de la Dimítrovka.

El diez y siete,  
a veces,  
a las hijas a la cola  
del pan no las mandabas:  
¡Comeremos mañana!  
Pero esta  
cola de espanto  
y de frío  
la hicieron todos, con sus enfermos  
y con sus hijitos.  
Alineábanse juntos  
el campo y la ciudad.  
Con acentos viriles.  
o llantos infantiles  
vibraba su pesar.  
Como un resumen vivo  
de la vida de Lenin,  
en singular  
parada,  
la tierra del trabajo desfilaba.  
Sale un sol amarillo  
que lanza al pie  
sus rayos  
esmaltados y oblicuos.  
Como  
aturdidos,  
llorando sus anhelos,  
e inclinándose afligidos,  
pasan los chinos.



Las noches  
                    emergían  
                            sobre las espaldas de los días,  
cambiando horas,  
                    confundiendo fechas.  
Parecía  
            que no había  
                            ni noche ni estrellas,  
sino que, doloridos,  
                    sobre Lenin plañían,  
                                    los negros de Estados Unidos  
Una inaudita helada  
                    las suelas quemaba.  
Y apretujada, compacta,  
                    la gente  
                                    el día entero aguanta.  
Ni a dar  
            palmadas,  
                    para calentarse,  
nadie se atreve;  
                    sería inoportuno,  
                                    no se debe.  
La helada nos agarra  
                    y nos arrastra  
                                    como si averiguara  
hasta que grado  
                    en el amor estamos templados.  
Se hinca en las multitudes.  
                                    Entre las apreturas se enreda,

con el gentío penetra  
y atrás las columnas deja.  
Los escalones crecen  
y en arrecife se convierten.  
Pero al punto  
se cortan  
el aliento y el canto,  
y avanzar nos da espanto:  
ante los pies hay un abismo,  
sin fondo y extraño,  
de cuatro peldaños.  
Abismo que separa  
de cien generaciones esclavas,  
de donde se conoce solo  
la sonora razón del oro.  
El abismo  
y su borde  
son el ataúd y Lenin,  
y más lejos,  
la comuna,  
en todo el horizonte.  
¿Qué verás?!

Su frente nada más—  
y a Nadiezhda Konstantínovna<sup>44</sup>  
en la neblina  
tras...

Quizá

44 Nadiezhda Konstantínovna Krúpshaya: esposa y fiel compañera de lucha de Lenin.

unos ojos secos  
pudieran ver más.  
Pero  
los míos  
no eran de esos.  
Inclínase  
la seda  
de las flotantes banderas  
rindiéndole  
las honras postreras:  
“Adiós, camarada,  
honradamente has recorrido  
tu noble y glorioso camino”.  
Da espanto.  
Cierra los ojos  
y no mires  
abajo,  
como si  
por el alambre fueses pasando.  
Como si,  
por un minuto,  
quedases  
en soledad  
con la única,  
con la inmensa verdad.



Soy dichoso.

El agua rumorosa de la marcha  
lleva mi cuerpo,  
que ya no pesa nada.

Yo sé  
que desde ahora  
y para siempre  
guardaré  
este minuto,  
este precisamente.

Soy dichoso,  
porque  
soy una partícula de esta fuerza,  
porque son de todos  
hasta las lágrimas de los ojos.

No es posible comulgar  
con más creencia,  
con mayor pureza,  
que con este sentimiento grande  
que se llama:  
¡clase!

Las banderas  
de nuevo  
sus alas abaten  
para alzarse  
mañana

otra vez al combate.  
“Tus ojos de águila nosotros  
cerramos amorosos”.  
Hombro con hombro,  
para no caer,  
con los párpados rojos  
y enlutadas banderas,  
iban a despedirse  
de Ilich por vez postrera,  
y junto al mausoleo,  
el paso se hacía lento.  
Cumplíase el ceremonial.  
Discursos.  
Que hablen, bien está.  
Lo malo  
es que un minuto  
es poco:  
¿se puede  
en ese espacio  
abarcар por entero al amado?  
Pasan  
y miran  
con temor hacia arriba,  
al círculo negro,  
de nieve polvoriento.  
¡Con qué celeridad  
saltan

las agujas de la Spásskaya<sup>45</sup>!  
 Un minuto, y el salto  
 a las últimas cuatro.  
 ¡Quietos,  
 por un minuto,  
 ante esta noticia!  
 ¡Deteneos,  
 movimiento y vida!  
 Los que el martillo habéis alzado,  
 paraos.  
 ¡Detente, Tierra,  
 y quédate quieta!  
 Silencio.  
 El camino más grande ha terminado.  
 Un cañonazo resuena,  
 millares tal vez sean.  
 Y el cañoneo  
 tan solo parecía  
 un tintineo fino  
 de monedas  
 en el bolsillo  
 de un mendigo.  
 Dilatados,  
 hasta sentir dolor,  
 los ojos ciegos,  
 medio helado,  
 estoy parado y sin aliento.

---

45 La torre Spásskaya [del Salvador]: torre del Kremlin que tiene un gran reloj.

Ante mí,  
    por  
        las banderas alumbrado,  
se alza sombrío  
        e inmóvil  
                el globo terráqueo.  
Y sobre el mundo,  
        el ataúd, inerte y mudo.  
Junto a él estamos  
        los representantes  
                del género humano,  
para que con tormentas de insurrecciones,  
                de poemas y acciones,  
difundamos  
        cuanto hemos presenciado.



Pero  
    de pronto,  
        de lejos,  
            de lo rojo,  
en la helada  
        y en nuestra silenciosa guardia,  
una voz de –Murálov quizá–  
                nos manda:  
“¡De frente, march!”  
La orden  
    no hacía falta:

más lentos,  
                  más a un tiempo,  
                                  más fuerte el aliento,  
arrastrando  
                  con trabajo  
                                  el pesado cuerpo,  
plaza abajo,  
                  martillamos  
                                  ya el paso.  
Cada bandera,  
                  con manos firmes  
empuñada,  
                  sobre las cabezas  
                                  de nuevo se alza.  
Y el torrente  
                  de pasos se extiende  
con girar potente  
                  e irrumpe profundo  
                                  en el pensar del mundo.  
Pensamiento de todos,  
                  en un eslabonado,  
de obreros,  
                  campesinos  
                                  y valientes soldados:  
“¡Sin Lenin,  
                  la República  
                                  lo pasará mal!  
Hay que sustituirlo pronto,  
                  pero, ¿con quién?



¿Y cómo?

¡Basta  
de estar tumbados  
en el colchón de chinches plagado!  
—¡Camarada Secretario!  
Toma,  
aquí tienes:  
pedimos nos inscribas  
en una célula del PCR,  
a todos a la vez,  
a la fábrica entera,  
colectivamente...  
Observan  
los burgueses,  
abiertos los ojos,  
del fragor de los pasos  
tiemblan de miedo.  
De los tornos calientes  
cuatrocientos mil  
vienen.  
Es la primera corona  
que el Partido  
le trae a Lenin.  
—Camarada Secretario,  
coge la pluma...  
Dicen que nos relevan...  
Que es necesario...  
Soy viejo ya,

a mi nieto tomad,  
mándalo al Komsomol,  
no se quedará atrás—.  
Flota patrocinada,  
leva tus anclas,  
los topos  
submarinos  
a la mar se hagan.



“Navegar,  
navegar;  
hoy aquí,  
mañana allá”.  
¡Sol, sube más alto!  
Y testigo serás.  
El luto de los labios  
apresúrate a desarrugar.  
Al paso  
de los mayores,  
los niños van:  
Trá-ta-ta-tá-ta  
tá-ta-ta-tá.  
“¡Un,  
dos,  
tres!  
Somos pioneros.  
A los fascistas no tememos,

contra las bayonetas iremos”  
 En vano  
     el puño de Europa se ha levantado.  
 Nuestro estruendo los aplastará.  
                                     ¡No lo intentéis!  
                                                     ¡Atrás!  
 La misma  
     muerte  
         de Ilich se convirtió  
 en el  
     más grande  
         comunista-organizador.  
 Sobre  
     las chimeneas  
         de este bosque descomunal,  
 en el asta,  
     por millones de manos  
                                     formada,  
 sobre la Plaza Roja,  
         la bandera roja,  
 con impulso  
     tremendo levantada,  
                                     ya se alza soberana.  
 Desde esta bandera, desde  
                             cada uno de sus pliegues,  
 Lenin,  
     de nuevo  
         vivo, llama:  
 —¡Proletarios,

formad,  
para la lucha final!  
¡Esclavos,  
enderezad  
la espalda y las rodillas!  
¡Ejército de los proletarios,  
álzate en compactas filas!  
¡Viva la Revolución,  
cercana, de alegría llena!  
Esta es  
la única  
gran guerra  
de cuantas  
la historia conociera.

1924



## ÍNDICE

|                        |     |
|------------------------|-----|
| Es hora                | 27  |
| Los hombres son barcas | 28  |
| Yo conocí a un obrero  | 61  |
| Si en un museo         | 118 |



EDICIÓN DIGITAL  
octubre de 2017  
Caracas - Venezuela









## Vladímir Ilich Lenin

En *Vladímir Ilich Lenin*, Mayakovski pone de relieve tras la desaparición física de Lenin la inmensidad de su pensamiento y su inagotable fuerza. El poeta comenzó a trabajar en el poema poco después del funeral, percibiendo lo inseparables que son la vida de Lenin, la lucha del pueblo y del Partido Bolchevique. La estructura del poema muestra el papel que el poeta asigna a las masas populares en el proceso histórico, además de loar la genial actividad de Lenin. La muerte de Lenin llenó de pesar a millones de corazones humanos. Ese pesar fue transformado en un caudal de energía creadora que impulsó al poeta a entrar en un nuevo período de fecunda creación y edificar una obra que había de coronar todo lo creado por él en los años de hercúleas proezas poéticas.

## VLADÍMIR MAYAKOVSKI (RUSIA, 1893-1930)

Poeta revolucionario soviético ruso, dramaturgo, pintor y actor. Sus inicios pueden ubicarse en el movimiento futurista del cual fue uno de sus principales miembros junto a sus compañeros del grupo Hylaea. En diciembre de 1913 publicaron su manifiesto “Una bofetada en el rostro del gusto público”. Utilizó diversos recursos para cautivar a las multitudes, desde la aplicación del lenguaje coloquial, a veces prosaico, hasta los más refinados estilos épicos. Su trabajo siempre estuvo al servicio de la causa del proletariado junto a su gran admiración por Vladímir Lenin, sin embargo, su relación con el Estado soviético fue compleja y a menudo tempestuosa. Aunque había sido duramente criticado por algunos círculos gubernamentales, Stalin declaró póstumamente: “Fue el mejor y más talentoso poeta de nuestra época soviética”.